VIII.

TARTARO.

El príncipe Dimitri Tolstoy miró á Rio Santo con admiracion y con aire que parecia decirle: ¿si estará loco este hombre.

—Seguramente, milord, dijo al cabo de un instante de silencio, V. S. puede contar conmigo en lo sucesivo; pero creo que no es posible que ignoreis las discusiones inherentes a las negociaciones diplomáticas: ya hace seis dias que he empezado una serie de pasos....

—Milord, es menester continuar; yo no tengo tiempo de esperar los resultados. ¿Cree V. S. que una promesa política puede descontarse como una letra de cambio?

—Si V. S. quisiera esplicarse....

—No por eso me entenderiais mejor, príncipe, porque comprendeis perfectamente.... V. G. tendrá tiempo para pensar; pensad, milord.

El ruso creyó oportuno aprovecharse del permiso, y al cabo de algunos segundos contestó con un mal humor no finjido.

—A fé mia, milord, que aunque me creyérais de un entendimiento obtuso y ciego, a decir verdad, no os entiendo.

—No permita el cielo que dude de la palabra de V. G.: voy a esplicarme.... entre cómplices debe reinar la franqueza.

Tolstoy contuvo un gesto de violenta denegacion.

—Cómplice ó.... coolaborador, milord, contestó el marques, la palabra no hace al caso, estoy convencido de que no tratais de negar la aprobacion que merecerá de vuestro emperador saber que sois partícipe de esta obra. Hé aquí el hecho. Yo creo haberos ya manifestado que el ataque en que debiais ayudarme no se reduce a tomar una débil parte de mi sistema de batalla.... lo principal no es conseguirlo completamente, y sí de llegar a un resultado, que real ó ficticio, se pueda combinar con otras armas, militar por su parte en la lucha que se va a empeñar. Mas tarde, cuando se haya obtenido el écsito, cuando los Estados europeos circuyan a la Inglaterra, a este gigantesco mostrador de una barrera inespugnable a sus productos, no serán inútiles nuestros esfuerzos, porque el coloso no caerá de golpe.

Pero ahora se trata solo de un fantasma, de una apariencia, de una amenaza.... ¿Esperais a comprenderme, milord?

—Comprenderé mejor, señor marques, si os esplicais mas.

—Sea así: quisiera milord, que esta medida en cuyo favor se promete V. G. atraer en dos ó tres meses a los señores embajadores de las potencias, fuese el objeto de todas las conversaciones, mañana en *Royal Exchange.*

—¡Qué, señor! esclamó el príncipe frunciendo las ce-

jas; llevar a la Bolsa un proyecto de semejante naturaleza!....

—Así lo quisiera yo, milord.

—Pero, V. S. no calcula el riesgo de comprometer el nombre del emperador.

—Sí tal.... el nombre del emperador debe ser pronunciado. La cosa me parece absolutamente indispensable.

—La cosa me parece absolutamente imposible, respondió el príncipe con voz firme y con reflecsion.

No puede ser esa vuestra última palabra, milord, porque la carta del emperador....

—¿Creeis que Nicolas pueda consentir en el imprudente paso que me proponeis? gritó Tolstoy.

—No, milord, no ciertamente, contestó el marques con descuidada frialdad; yo no puedo pensar eso. S. M. imperial es demasiado buen político para....

El ruso se levantó y empujò su silla con violencia.

—Entónces, dijo dando rienda suelta a su cólera contenida, señor, vuestra proposicion es un ultrage manifiesto....

—No, príncipe, nada de eso, repuso gravemente Rio Santo. Vuestra acrisolada lealtad no puede suscitar la mas ligera sombra de duda....Jamas S. M. tuvo mas seguro ni mas irreprochable servidor....

La cólera de Tolstoy se reconcentró otra vez, y una especie de terror instintivo se pintò en su cara, que él veló con presteza tras de sus pardas y espesas cejas.

—Milord, dijo volviendo á sentarse, yo habia creido.... pensé.... acepto gustoso las esplicaciones de V. S.

—¿Y V. G. está por fin de acuerdo conmigo respecto al objeto de mi visita?

Tolstoy ecsaminó con una rápida ojeada la fisonomía del marques; la calma completa llevada hasta la indiferencia que en ella encontró, pareció cambiar de nuevo el curso de sus ideas, y respondió con tono resuelto:

—No, milord. La carta de S. M. que teneis en vuestro poder....

—Es esplícita; pensadlo bien, príncipe.

—¡No tanto que autorice una conspiracion, milord!

Rio Santo pareció sonreirse involuntariamente al responder:

—Concibo que V. G. puede horrorizarse aún con la idea de una traicion.

—¿Qué es lo que quereis decir? esclamó otra vez Tolstoy, volviendo á tomar su aire de espadachin; esta es la segunda vez que encuentro en vuestras palabras una especie de sátira....

De ningun modo, milord, tened la bondad de volver a entaros; en mi vida he hablado con mas formalidad. Concibo, decia, que V. G. se horrorice con la idea de una traicion, porque creo estar bien informado que esta no le salió bien en otro tiempo.

La palidez de la rabia se pintó en el semblante de Tolstoy; una sonrisa amarga y convulsiva levantò sus bigotes, dejando ver dos órdenes de dientes agudos y blancos como los de una fiera. En la postura que de repente tomó habia algo de la actitud amenazadora del tigre, pronto a lanzarse sobre la presa para devorarla.

—Quién os ha dicho eso? pregunto con voz comprimida.

—Nadie.... yo lo he sabido.

—¿Y cómo lo habeis sabido?

—Es una anécdota, milord, contestò Rio Santo opo-

niendo a la brutal vivacidad de Tolstoy una cortesanía ceremoniosamente ecsagerada: tendré mucho gusto en contárosla. Era, si no me engaño, en 182....; yo me encontraba en Petersburgo bajo el nombre de conde de Policeni....

—¡Policeni! repitió Tolstoy.

—Sí; he tenido varios nombres por ese estilo. En aquella època ecsistia un jóven bien visto en la corte, el conde Dimitri Spraunkow, quien por un motivo ó por otro fué acusado de traicion.

—Que fué juzgado y absuelto de esa calumniosa imputacion, interrumpió Tolstoy con agitacion. Haceis mal en recordar esa triste historia.

—El conde Dimitri fué absuelto por falta de pruebas, milord.

—Siempre carece de ellas la calumnia.... y ¡voto a S. Nicolas! el conde Spraunskow, hoy príncipe de Tolstoy, no lleva ménos erguida su cabeza, ¿me comprendeis? por haber sido en otro tiempo falsamente acusado.

—Cada uno lleva la cabeza como le parece, milord: decia, pues, que V. S. fué absuelto por falta de pruebas.

—¿Y qué deducir de eso? preguntó Tolstoy con tono soberbio.

—Si V. S. se digna permitírmelo, continuaré mi anécdota. Por aquel tiempo, el conde Spraunskow tenia por querida una hermosa italiana, muy linda, milord, yo convengo en ello, llamada la signora Palianti....

—Es cierto, murmuró el ruso.

—No sé como sucedió aquello: parece que Spraunskow estando preso se arrepintió de haber puesto demasiada confianza en su bella querida.... que temió ciertas revelaciones.... acaso peor, la entrega de cierto depósito.... piezas importantes,... pruebas....

—Pero, señor.... interrumpió el embajador.

—Permitidme, milord, repuso con calma Rio Santo: pruebas he dicho, y así es la verdad. Parece indudable que la señora Palianti estuviese ó no en el complot, poseia escritos.... estados.... los libros en partida doble de la conspiracion. Porque, allà en Rusia todavía se está en ese estado: el arte está aún en la infancia. ¡Milord! yo apuesto a que no seria el príncipe Dimitri Tolstoy, quien al presente cometiese una imprudencia semejante.

—¡Señor! ¡señor! ¿me dirèis?....

—Permitid, milord.... El conde Spraunskow queriendo reparar su aturdimiento con una torpeza, escribió a Laura....

—¿Luego vos habeis sido su amante? gritó Tolstoy espumando de cólera.

—¡Voto a brios! respondió Rio Santo, dándose tanta importancia que la fatuidad de la interjeccion hubo de pasar desapercibida: eso es lo que mènos importa; y V. S. no puede ecsigir que me acuerde precisamente de todo: si yo tuve esa fortuna, así debió suceder en la época de que estamos hablando, porque la carta del conde pasó por delante de mis ojos.

—¡Infamia! repuso Tolstoy: ¡mièntras yo estaba cautivo!....

—No creo haber dicho, interrumpió Rio Santo, que la señora hubiese aguardado a la prision de V. S.

Y concluyó su frase con un ligero saludo, acompañado de una sonrisa de afectada benevolencia.

El ruso, vanidoso hasta el estremo, como todos los de su pais, sintiò con la mayor vehemencia este último ataque que le heria en una de sus mas caras pretensiones. Le-

vantose segunda vez temblando de rabia, y diò un paso hácia el marques.

Este sin abandonar su sonrisa le clavó una mirada de superioridad, cuyo choque irresistible pareciò confundir la ardiente pupila de Tolstoy bajo la faja parda de sus fruncidas cejas.

Detúvose este vacilando entre su cólera y un supersticioso movimiento de terror: presentóse a su espíritu turbado la idea de que aquel hombre que estaba allí tan cerca de él, tenia un poder sobrenatural.

Rio Sonto apoyó su codo en el brazo de su sillon.

—Sí, milord, continuó: la carta del conde Spraunskow no fué únicamente para la signora: de sus manos pasó a las mias....

—¿Y vos la leisteis?....

—Cometí esa indiscrecion, milord.

Una blasfemia se escapó de los lábios de Tolstoy, que comenzó a marchar a grandes pasos por el salon, murmurando sordas imprecaciones. Rio Santo pareciò no pagarse de aquel furibundo paseo, durante el cual el príncipe rompió contra el dorado borde de su chimenea una Taglioni de mármol que el dia anterior habia comprado en 100 libras.

El capricho de esta ejecucion vino a templarle algun tanto.

—En verdad, señor marques, dijo al cabo de algunos segundos, afectando cierto aire de desembarazo, yo no sé a qué juego estamos jugando esta noche; pero al fin, ¿qué nos importa todo eso? Supongo que no creeréis que estoy zeloso de la señora Palianti; y por lo que hace a la carta, ella os da el derecho de verme como culpable: hé aquí su resúmen.

—Permitid, milord, repuso Rio Santo con tono de gravedad: V. G. padece un error: no es eso todo: si mi anécdota se concluyese ahí, careceria de sal, y me veria obligado a terminarla con alguna de esas mácsimas de moral que andan en boca de todos, como por ejemplo, esta: "Es un loco el que pone sus secretos en manos de una muger." Hay mas todavía, milord.

— Veamos, murmurò el príncipe.

—Hay que yo he venido a visitar a V. G. con un objeto: que mi demanda ha sido rechazada una vez, y que yo vuelvo a la carga.

—¡Todo es inútil! dijo Tolstoy con impaciencia.

—Perdonad, milord: no solamente no es inútil, sino que es absolutamente indispensable.... Desde muy antiguo he estado poseido de una estraña manía, que os recomiendo, milord, porque siempre me he encontrado bien con ella.

Esta manía consiste en aprovechar cuantas ocasiones se me presentan de penetrar hasta el fondo de cualquier secreto, aunque no sepa para qué podrá servirme este conocimiento. A esto llamo yo, milord, sembrar al azar; y no conozco campo mas fértil que el del azar. La recoleccion suele hacerse esperar; pero la simiente olvidada germina de repente en un buen dia, y entonces la cosecha escede a las mas locas esperanzas.

Tolstoy tenia el corazon oprimido por una vaga inquietud: sentia que Rio Santo le habia encontrado el flanco débil, y no acertaba con el modo de parar el golpe. Permanecia en pié con los brazos cruzados delante del marques, quien continuaba siempre arrellenado en su butaca. La creciente ansiedad del príncipe se retrataba en su semblante de una manera a la vez natural, terrible y graciosa.

Rio Santo continuó con voz abreviada:

—No quiero afligiros mas, milord. Despues de haber

visto vuestra carta, me vino el caprichoso deseo de ecsaminar esas pruebas que vos confiasteis a la signora Pahanti.

—¡Imprudente! ¡Imprudente y loco! murmuró el príncipe colérico contra sí mismo.

—No me hubiera yo atrevido a apellidar así a V. G., repuso Rio Santo. La signora rehusó desde luego satisfacer mi curiosidad. Debo decir en honor de la verdad, que resistió largo tiempo.... cinco minutos por lo ménos. La signora cedió al fin, y yo tuve entre mis manos esas famosas piezas que me hicieron conocer que vos estábais afiliado en las sociedades secretas de Alemania... ¡Pardiez, milord.... en Rusia representais con todo el rigor de las reglas del arte ese terrible drama de las conspiraciones: nada faltaba en vuestro depósito: cualquiera os hubiera tenido por un Catilina: proclamas, juramentos escritos con sangre y hasta la lista clásica de los conjurados.....

Rio Santo soltó una estrepitosa carcajada: Tolstoy se mordia los labios sin articular una palabra.

—¿Y qué ha hecho V. S. de todos esos papeluchos? preguntó tímidamente Tolstoy, sin casi atreverse a respirar.

—Los devolví a la signora, milord.

Un fuerte resoplido se escapó de la boca del príncipe, que al mismo tiempo levantó la cabeza.

—¡Ah! los devolvisteis a la signora! añadió con ese acento contenido que va a ser provocativo y amenazador.

—Ciertamente, milord.

—¿Todos?

—Casi todos.

Tolstoy retrocedió de repente como si hubiera recibido un gran golpe en el pecho.

—No me quedé mas que con uno, milord; repuso

Rio Santo con su implacable urbanidad: uno solo, el mas pequeño de todos: tres líneas escritas y firmadas con sangre.

—¡El juramento! balbuciò Tolstoy abrumado.

—Justamente, milord.

—¡El juramento, en que yo juré!.... ¡Dios mio.... ¡Dios mio!....

—En que vos jurabais hundir vuestro puñal en el pecho de S. M.... La jóven Alemania no va allá por cuatro caminos.

—¡Dios mio, Dios mio! repitiò el infeliz tártaro mas abatido que niño con un golpe imprevisto y mortal.

—Milord, continuó el marques, yo no podia pensar entonces cuando el conde Spraunskow, este preso de Estado entregó sus secretos de vida y muerte a una aventurera, que un dia aquel mismo reo vendria a ser la flor de los diplomáticos europeos.... La fuerza de la costumbre me impulsó únicamente....sembré al azar.... y la cosecha, como veis, se ha presentado ya.

Tolstoy calló por el momento: abismado, se habia dejado caer en un sillon. Sentia desvanecérsele la cabeza, mil imágenes siniestras cruzaban por delante de sus ojos. Veía distintamente los sombrios calabozos de casamatas, los hielos eternos de la Siberia y la chispeante cuchilla del verdugo.

Al cabo de algunos minutos hizo rodar sobre la alfombra el sillon en que estaba y se acercó a Rio Santo.

—Conque, dijo a media voz, ¿vos teneis ese escrito, señor marques?

—Esos se conservan siempre, milord.

El ojo de Tolstoy brilló de repente como una ascua bajo la crecida protuberancia de sus cejas: parecia medir de

arriba abajo a Rio Santo, y calcular los azares de una lucha desesperada. Rio Santo comprendió perfectamente aquella horrible mirada, no hizo el mas ligero movimiento.

—¿Con que lo teneis, repuso el príncipe, con vos mismo?

—No por cierto, milord.

Los dientes de Tolstoy se enterraron completamente en la espesa carnosidad de su labio: su mirada se apagó.

—No ciertamente, repitió Rio Santo sonriendo. ¿Ha podido creerlo así V. G? No conozco yo cartera alguna tan grande que baste a contener la multitud de pequeños talismanes que he ido acopiando en el discurso de mi vida.... Vuestro juramento está en su sitio correspondiente.

—¿Dónde? preguntò el príncipe sin esperar obtener una contestacion.

—En San Petersburgo, milord.

Tolstoy lanzó sobre Rio Santo una mirada envenenada de odio.

—Señor marques, le dijo apretàndole convulsivamente la mano, Dios os libre de caer un dia en mi poder como yo lo estoy en el vuestro.... Mandad.... obedeceré.

IX.

ALMACEN DE SADA-WAARTER.

El marques de Rio Santo abandonó su actitud perezosa y cambió de tono al mismo tiempo.

—Poco tiempo nos queda para hablar de negocios, milord, dijo consultando la péndola: voy a deciros lo que espero de vuestra generosa amabilidad y lo que de aquí resultará.

—¡Eh! señor marques, replicó el ruso con dolorosa impaciencia, en cuanto al resultado me confio a V. S.... vos habeis sembrado al azar tan bien que concluiréis por lograr vuestro objeto aun sin contar con vuestros aliados.

—No quiero tomar acta de esa declaracion, milord, dijo severamente Rio Santo, que me obliga a contar a V. G. en el número de mis decididos amigos.

Tolstoy guardó silencio.

—Milord, continuó el marques dando profundas vibraciones a las notas graves y sonoras de su voz: los Kutusow, tan influyentes hoy en la corte, son vuestros enemi-